

# La estética como salida ética en un mundo vertical y autoritario

Resumen: Comprender el papel de la formación ética y estética en el mundo contemporáneo requiere entrar en diálogo con la visión holística de la antigüedad griega, que concebía el mundo como una unidad, o “todo” constituido por múltiples dimensiones, entre ellas la ética, la pedagógica y la estética, además de recuperar el papel que el ciudadano tendría en la construcción de lo público; igualmente, reconocer aquellas lógicas propias del pensamiento moderno que terminó por fragmentar los saberes, al punto de convertirlos en disciplinas defensoras de los límites de la pureza, como en el caso de lo estético, desplazamiento que impidió descubrir la riqueza estética que tiene la vida de las comunidades afrodescendientes e indígenas, en las que su expresión ritual o espiritual también une a todas las artes en una sola unidad.

Se propone entonces, pensar la *ciudadanía* como el nuevo espacio de la política y comprender que es allí donde puede hacerse un esfuerzo por recuperar una mirada integrada de las artes y las ciencias y de éstas con la política y la escuela. El arte puede acompañar, como en el caso del carnaval o de *rock* al parque -para poner sólo dos ejemplos conocidos- el desarrollo de una ciudadanía comprometida con los procesos de transformación social.

Résumé: Comprendre le rôle de la formation éthique et esthétique dans le monde contemporain, requiert aujourd'hui d'entrer dans le dialogue avec la vision intégrale de l'antiquité grecque, qui concevait le monde comme une seule unité, un *tout* unique -le *panta*- qui était cependant constitué des dimensions multiples, notamment celles de l'éthique, de la pédagogie et de l'esthétique. Or, une telle conception permettait au citoyen de retrouver le rôle légitime qu'il aurait dans la construction de l'espace public, soit de la *polis*. On tâche aussi de revisiter les logiques appartenant à une pensée moderne qui a fini par fragmenter les savoirs, au point de les convertir en des disciplines qui prônent la délimitation d'une pureté abstraite qui, comme c'est le cas dans la dimension esthétique, ont empêché d'en découvrir la richesse de l'expérience vitale chez les communautés afro descendantes et indigènes, où l'expression rituelle et même spirituelle unit tous les arts en une seule unité. On propose alors ici de penser la citoyenneté comme un nouvel espace pour l'exercice politique, ainsi que de comprendre que c'est là où l'on peut faire un effort pour retrouver une conception intégrée autant des arts que des sciences, et de celles-ci avec la politique et l'école. L'art peut bien accompagner, comme c'est le cas dans le *carnaval* et le festival du *rock au parc* -pour n'en citer que deux exemples bien connus- le développement d'une citoyenneté engagée avec les processus de transformation sociale.

Para intentar una reflexión acerca del origen y fundamentos de la pedagogía del arte y su relación con la ética, es necesario remontarse a la antigüedad griega<sup>1</sup>, en donde el arte, la política y su pedagogía no eran consideradas disciplinas diferentes, ni susceptibles de ser separadas, sino partes de un “todo”, esto es, del *orden de la polis*, entendida como una unidad armónica que integraba todas las dimensiones de la experiencia humana: las estéticas y éticas y aquellas producto del mito y del *logos*. Todo hacía parte de la comunidad política, del orden del cosmos -regido por el número- y del que unas de sus expresiones eran la música, la armonía universal o la belleza de los cuerpos. La *polis*, pues, debía reflejar ese orden del cosmos y, en esa misma medida, toda actividad humana se desarrollaba dentro de la dimensión *política*, que no pretendía nada distinto a la búsqueda de ese orden armónico. La identidad entre la verdad, la belleza y el bien encontraba su correspondencia en la lógica, la estética y la ética.

Entender la participación política, entonces, implica comprenderla como un espacio de realización de la condición humana. El hombre tiene sentido en tanto es un ser político. Mientras el ser humano se dedique a construir su propia historia, encuentra su realización como hombre, se resuelve como ser humano. No hay un destino humano predeterminado, ni un modelo de organización social perfecto y teleológico, sino que el hombre, junto con los otros, en el espacio político por excelencia que es la organización y la discusión, va construyendo ese modelo de sociedad concebida y consensuada por todos. En palabras de Hannah Arendt: “*La privación fundamental de los derechos humanos se manifiesta por sobre todo, en la privación de un lugar en el mundo [un espacio político] que torna significativas las opiniones y efectivas las acciones... la pérdida de la comunidad política lo expulsa de la humanidad*”<sup>2</sup>. De

aquí que sea la política el espacio donde el hombre recupera su condición humana, y la privación de ese derecho de construcción de lo público, el punto de partida de toda violación a los derechos humanos.

La lección fundamental que los griegos nos legaron no es, por tanto, la disyuntiva de si es posible o no volver a la democracia directa, sino, más bien, comprender que la mejor condición humana es la del *ciudadano*, ya que acceder a la ciudadanía otorgaba al individuo el derecho a comportarse como hombre libre, esto es, le convertía en constructor de los destinos de su ciudad (región o país, en suma, Estado). La libertad, pues, estaba en función de la participación. Tomar las riendas de su vida era hacerse cargo de su presente y su futuro. Así pues, los griegos entendieron el mundo siempre como una unidad, de manera holística e integrada, por lo que no hicieron de sus vidas y de las dimensiones de las mismas, compartimentos estancos (más tarde la modernidad lograría fragmentar no sólo la ciencia, sino la vida misma). Por tanto, para los griegos, la vida privada y la pública constituían las dos caras de una unidad -la experiencia del hombre libre-, y el *ágora* griega no era otra cosa que el espacio donde el hombre público (ciudadano) construía los destinos de su ciudad, esta era su práctica democrática; entonces, este ejercicio político le permitía construirse a sí mismo y construir su institucionalidad, componentes *sine qua non* de la democracia. Todo ello constituía el orden y la armonía de la *polis*.

Por ello no resulta apropiado hablar de un "arte griego" en el sentido en que posteriormente lo harán la modernidad y el mundo actual, seccionándolo -una vez más- de la totalidad de la civilización. El arte, para los antiguos, era una parte constitutiva de su ser: no un producto, sino una postura existencial, una manera de entrar en consonancia con el *cosmos*. El arte -la belleza y la armonía- era la manera en que se expresaba, en el orden de la *polis*, la *música*

*de las esferas*<sup>3</sup>. El hombre ético, esto es, el ciudadano, se comprometía a defender esa armonía natural en su cuerpo y en la ciudad. De no ser así, surgía el caos, el castigo, la tragedia. Son así lo *apolíneo* y lo *dionisiaco*, momentos de equilibrio dentro de la *polis*; la tragedia y la comedia, formas de expresión del *logos* y del mito. Opuestos cuya existencia, a la manera dialéctica, no es posible para el uno sino gracias a la existencia del otro: lo que le da vida al uno es el otro, y el otro no es sino gracias a la existencia del uno. De igual manera, ética y estética, que comportan esa misma relación dialéctica existente entre forma y contenido, (el contenido no existe hasta tanto no haya una forma que le permita expresarse y lo que le da sentido a la forma es su contenido) son los contrarios de la unidad dinámica en que se movía el mundo griego. Unidad de contrarios, como diría posteriormente Carlos Marx<sup>4</sup>, en el que se formaba el ciudadano griego, teniendo el *ágora* como escenario pedagógico por excelencia.

Ha corrido mucha agua bajo el puente, desde esa época hasta el aquí y el ahora. Así pues, este diálogo con el pasado pretende llamar la atención sobre nuestra actual responsabilidad como ciudadanos, intentando recuperar esa mirada holística y la manera como el arte puede abrir caminos, no sólo en las nuevas formas de hacer política, sino ante las pocas alternativas posibles frente a la degradación y la actividad depredadora de un mundo tan vertical y autoritario como el presente. Recuperar esa visión holística e integral del mundo antiguo, que el excesivo consumo de la velocidad del hoy impide aceptar y entender, implica abrir la puerta a las lógicas que, como la ambientalista, valoran la sensibilidad. Alternativa que podría reconstruir esa unidad entre pedagogía, ética y arte en el mundo de hoy, pero sólo si el pensamiento de este ciudadano logra descolonizarse, esto es, si abandona la lógica de la modernidad desde la cual éste se estructuró. Posteriormente se volverá sobre este punto.





De otro lado, si entendemos lo *público* como lo concebían los griegos, es decir, como ese espacio en donde el hombre se realiza como ser humano, dentro de su condición de “ser social” (categoría que, sin ser griega, viene al caso aquí) en el espacio de la Ciudad-Estado griega, la *polis*, sólo allí, como miembro de la polis -como *ciudadano*- se convierte en un ser humano; lo cual sugiere que todos nos debemos a lo público, y éste, a su vez, es de todos. Por tanto, ser ciudadano supone defender el espacio público como un espacio donde reclamamos nuestros derechos: ello significa tanto asumir, como ejercer la ciudadanía. Nos realizamos como ciudadanos en la medida en que lo público nos garantiza no solamente obligaciones, sino también derechos. Nuestras necesidades más elevadas como seres humanos las realizamos allí, en la esfera de lo público: necesidad de participación, trascendencia, ocio, recreación, afecto, etc. Por tanto, el ciudadano debe exigirle al Estado la defensa de lo público, es decir, la defensa de sus derechos como ciudadano.

Visto de esta manera y en los tiempos actuales, ejercer la ciudadanía se convierte entonces en el nuevo espacio de la política. A medida que avanza la vida moderna, lo público tiende a privatizarse y, simbólicamente, diríamos que la gente se recluye en sus casas cada vez más. Con el desarrollo de las nuevas tecnologías audiovisuales, muchas de las actividades que antes se realizaban en público, ahora se hacen de manera privada. Antes la política se hacía en plazas y manifestaciones públicas, mientras que ahora, al “espectacularizarse”, se convierte en un acto privado del elector frente a la pantalla que le muestra una imagen. El pago de los servicios, ir a cine, estudiar, etc., son apenas unos ejemplos de cómo se ha privatizado la cotidianidad humana en detrimento de la experiencia de lo público. Todo ello sugiere que ejercer la ciudadanía abre un nuevo espacio político de cambio social. El arte está llamado a ser el motor de ese cambio social, está llamado

a tomarse lo público, no sólo la calle o los espacios no convencionales, sino también y sobre todo, los espíritus y las consciencias, las universidades y las escuelas, todos los ámbitos de realización de la cotidianidad de los seres humanos, todos aquellos espacios en los cuales éste se realiza como *ser social*. Se hace necesaria la recuperación del espacio que los medios le han robado a lo público. Las artes y las ciencias, actuando en el espacio de lo público, resignifican el desarrollo de la ciudadanía y permiten entenderla como una nueva forma de hacer política. Ética, estética y pedagogía son dimensiones de una sola unidad.

Ejercer la ciudadanía se convierte en el marco del cambio social, y el contenido de ese cambio social podría estar orientado por el arte. El diálogo entre las artes y la actividad ciudadana podría derivar en un ambiente estético que muestre salidas. En Bogotá los jóvenes lo han entendido bien, y desde hace mucho tiempo vienen haciendo política a través del arte. Ejemplos como el teatro en Bosa, el *rap* en Las Cruces y Ciudad Bolívar, o las radios comunitarias en el occidente de la capital, están viabilizando esta alternativa. Todo ello constituye una respuesta al desencantamiento por la política y la participación tradicional, la crisis de los partidos y la deslegitimación de las actuales formas de poder. *“... el desinterés en la participación tiene una causa estructural que empieza por la crisis de los partidos, pero que llega al cuestionamiento mismo de la fundamentación del poder y de la forma de ver y entender el mundo. Las estructuras políticas pensadas para la intermediación de intereses generales se han manifestado abiertamente insuficientes para reflejar la explosión de diversidad que hoy reivindica el mundo”*<sup>5</sup>.

La Modernidad. Otro momento de quiebre en la historia que está en la base de las instituciones, de los estilos de vida y de los conceptos de lo público y de la ciudadanía<sup>6</sup>, en estos países atravesados por la lógica occidental, corresponde a la estructuración

del mundo moderno, resultado de ese largo proceso que comenzó con el Renacimiento y terminó con la Revolución Francesa. La Modernidad fundamentada en los pilares de la razón y el progreso, basada en la certeza de que al unificar razón y cuerpo y darle a éste último un sentido terrenal, la una serviría para transformar el entorno y así garantizar un mejor estar del otro; y el progreso como la ilusión de una búsqueda progresiva en el tiempo de ese bienestar. Para ello se requerían nuevas formas políticas como la República, económicas como el Liberalismo y sociales como la esperanza en que la educación garantizaría la libertad individual<sup>7</sup>. Este proyecto moderno, con todos sus aportes para la época, trajo sin embargo consigo, la ruptura de la tradición integral, al separar en múltiples parcelas la totalidad de los conocimientos; además de fragmentar la visión de la vida, la experiencia cotidiana y abonar el terreno para ahondar el abismo entre la vida pública y la privada.

Con el desarrollo del capitalismo y la sociedad burguesa, las primeras ideas de la modernidad -razón y progreso- van cediendo terreno ante la racionalidad instrumental, sirviendo a los intereses del capital. Igualmente, si bien fue una propuesta que rescató al individuo, éste se fue refugiando en un excesivo individualismo que lo apartó del espacio de lo público. La visión del progreso entendida ahora, como crecimiento económico y una versión de la razón circunscrita únicamente al ámbito del conocimiento científico, que al llegar al mundo americano, descalificó los saberes que encontró, pues no eran producto de la institución universitaria, hace que, en el terreno artístico haya sido la burguesía criolla la que imponga sus patrones estéticos, transplantados literalmente de Europa, desconociendo y descalificando las manifestaciones artísticas propias de las otras dos etnias -afro descendiente e indígena-. Lo que se hizo evidente con el tiempo, es que estas últimas dos, encontraron formas de resistencia frente a la

imposición cristiano-occidental. La visión positivista que finalmente se apropió de la ciencia, le cerró a la humanidad el acceso a la “comprensión” del mundo mismo sobre el cual debería actuar, e intervino además en las formas de interacción del hombre y su entorno social y natural, sobre la manera de conducir el desarrollo tecno-científico y sobre el ser humano mismo, convertido entonces en un depredador irresponsable, comprometido además, en todas sus acciones con esa lógica moderna de la cual fue producto.

La modernidad ha devenido entonces, en una lógica lineal y por tanto, homogeneizante, que entiende los fenómenos sociales como dispuestos sobre una línea recta, en cuyo “punto de partida” se encontrarían aquellos países que empiezan el largo proceso “civilizatorio” -atrasados o “subdesarrollados”- y que pretenden alcanzar el desarrollo del mundo “avanzado”, a partir de la copia del modelo que, tanto en las artes como en las ciencias, le permitió llegar allí a este último. Es una lógica polarizadora y excluyente que, al no reconocer lo diferente y lo diverso como un “otro”, termina desconociéndolo, y por ende, descalificándolo. Lógica que además, se compromete con aquella postura política que considera que para poder “ser”, es necesario eliminar al otro. Racionalidad que también existió en el terreno económico y cultural: Mientras Europa, con el oro y la plata que extraía de las colonias, se instalaba en el primer mundo, América Latina se empobrecía de tal manera que la conquista y la colonia le garantizaban ser parte del futuro tercer mundo, del sur, esto es, de los pobres del planeta. En las ciencias y las artes sucedió igual. Lo que se presentó como lo “avanzado”, sustituyó lo encontrado en el nuevo mundo por no responder a la lógica de la modernidad, hasta llegar a perder su propio valor y convertirse en un pensamiento súbdito. El mito y la magia considerados como prácticas irracionales, propias de la producción artística latinoamericana y que tiene una de sus expresiones en el

famoso “boom literario”, son finalmente absorbidos por la lógica de la modernidad, “probando” que actuamos desde la irracionalidad. La “colegialidad del poder” impide ver lo estético en las producciones populares o en la literatura, o lo “propio” en esas expresiones estéticas, porque es una lógica exterior a ésta, que sólo logra concebirlas como “lo exótico”. El valor sobre la variedad de los festivales nuestros, que recuperan la imagen del diablo (Riosucio-Colombia) o de los muertos (México), en donde la estética es “otra”, con lógicas distintas, radica en ser un bien raro, exótico. Esto es, funcional dentro de la misma lógica, “la excepción que confirma la regla”, pero no hay disposición para reconocerlo como un “otro” distinto, diverso, diferente. “... la crítica posmoderna a la modernidad, ... mantuvo y mantiene el silencio epistémico sobre los saberes que fueron suprimidos o subalternizados (“rebajados” a formas de saber no epistémicos de acuerdo al canon de la modernidad, tales como la religión, el folklore, los saberes no académicos)”<sup>8</sup>.

Las músicas, y en general el arte no europeo, es menospreciado y poco reconocido por “no haber pasado por la universidad”. Las estéticas afro-descendientes o indígenas, por ejemplo, en las cuales los cantos, los bailes, los brebajes, la cosmovisión, etc. no pueden ser pensados de manera aislada o separada, sino como partes constitutivas de una misma unidad, en este caso el ritual, (múltiples dimensiones de la unidad o partes del todo).

Siguiendo la lógica expuesta en el párrafo anterior, lo que no es arte europeo no es arte, y además, todo aquello que no responda a la lógica moderna, organizada en disciplinas, pierde la pureza. Lo estético se encuentra sólo en aquellas obras que han alcanzado la “pureza del arte”. Se impide, entonces, reconocer la riqueza estética que tiene la vida de las comunidades, cuando su expresión ritual o espiritual une a todas las artes en una sola expresión festiva, carnavalesca. Arte que se relega al terreno de lo

popular. Gran parte de nuestra historia estética ha sido vista con estos lentes o prismas, esto es, desde un enfoque colonial: “...la historia de las Américas, de todas las Américas y del Caribe, están atravesadas e interconectadas por el colonialismo y por lo que Aníbal Quijano identificó como la colegialidad del poder. El brillo de la modernidad nos ocultaba la colonialidad.”<sup>9</sup>. Repensarnos significa recuperar esa visión holística que estaba en la base de por lo menos dos de los grupos que conforman la triada étnica de nuestra cultura mestiza, y que también se encontraba en el pensamiento griego (para ese entonces, Europa había tomado otro camino con la modernidad). No se trata de desconocer e invisibilizar lo europeo, sino de poder *ver lo no visto*, de ampliar la mirada, lo cual supone desmontar los prejuicios que nos impiden ver más allá de lo evidente. De nuevo aquí, con esta visión política de lo estético, se vuelve a juntar en la historia lo ético y lo estético en la esfera de lo público.

Se busca abrir los espíritus para admitir aquellas obras construidas desde lógicas y discursos distintos al pensamiento ilustrado, o su degeneración en una lógica racional instrumental. Abandonar el unilateralismo es disponerse a apreciar desprevenidamente aquello que proviene de terrenos no tan firmes como el académico, hay que abrirse a la lógica del diálogo, contraria a aquella certeza que plantea el “para poder ser, hay que eliminar al otro, al distinto”. La academia debería moverse y renovarse en ese sentido y reconocer las expresiones artísticas previas con las que el estudiante llega: las músicas urbanas y tradicionales, sus expresiones carnavalescas de la fiesta tradicional, en suma, el mundo del color, sabor, gusto y olor, esto es, las extensiones de los sentidos que lo acompañan al entrar en un recinto académico. Hoy no se trata de reclamar un regreso a lo que “pudiéramos haber sido y no fuimos” en términos políticos y estéticos, sino de reconocer en lo contemporáneo la diversidad. Según Mignolo: “La descolonización intelectual consistirá, por tanto, en negar la negación de la contemporaneidad o en contemporizar lo no coetáneo, puesto que en esa fractura se gestó y estructuró la subalternización de conocimientos.”<sup>10</sup>

Pensar la *ciudadanía* como el nuevo espacio de la política y comprender que es allí donde se puede hacer un esfuerzo por recuperar una mirada integrada de las artes y las ciencias, y de éstas con la política y la escuela -que no significa nada distinto a pensar holísticamente la relación entre lo estético, lo ético y lo pedagógico en el espacio de lo público-, supondría desentrañar la lógica inmersa en los discursos hasta comprender si se habla desde una racionalidad técnico-instrumental, propia de la lógica moderna y colonizadora<sup>11</sup>, dado que, no estar alerta frente a esta lógica, sería permitir que ella se convierta en una forma de control y disciplinamiento social, tras la búsqueda de la pretendida homogeneidad. Pensar con la lógica de la modernidad, es reproducir estructuras modernas. Es allí en donde el arte juega un papel importante, y mucho más el arte integrado, capaz de introducirnos en dimensiones estéticas que podrían propiciar cualquier labor pedagógica y ética. Hemos visto ejemplos en la ciudad.

Ya es aceptado, en el ámbito del mundo teatral, considerar que programar un festival o encuentro de teatro, callejero o de sala, universitario o profesional, es moverse en el terreno de la formación ciudadana. El planteamiento Mockusiano de “cultura ciudadana”, que a su vez estaba iluminado por los griegos y el pensamiento de la ilustración, llevaba implícito, entre muchos postulados, convertir el festival de teatro de Bogotá en una fiesta de encuentro de los bogotanos, o sea, convertir las comparsas teatrales<sup>12</sup> en un carnaval de comunión, en donde el ciudadano comparta ese sentido de pertenencia e identidad que lo hace solidario e igual al otro. En donde todos como

hermanos, en estado de comunión y copartícipes de un mismo espectáculo y destino, se encuentren -sin verticalismos ni jerarquías sociales- ante la reivindicación con la vida a través de la fiesta, y todo ello al lado de la crítica y la creación, pues la fiesta, al relajar las tensiones, facilita la tolerancia hasta el grado de poder recibir un punto de vista distinto al personal, y aceptarlo con el respeto que supone reconocer al otro como *distinto*, entrando en diálogo con él. La ética y la estética como dos dimensiones de la misma unidad, el carnaval.

En el terreno de la música, y más exactamente de las músicas urbanas, se encuentra con mayor nitidez una expresión del mundo de hoy, tal vez porque el joven es quien mejor entraña el espíritu de los tiempos. En esas músicas hay una rebeldía frente a las formas modernas de ser y de hacer política y sus instituciones, al punto de convertir este arte en tribuna pública, en escenario político; además del intento por hacer público ese mundo que la modernidad se esforzó por recluir a la esfera de lo privado (estas músicas conectan la sensibilidad interior con la de “otros” hasta conformar las llamadas “tribus”<sup>13</sup> urbanas o culturas juveniles). Las músicas urbanas son un lenguaje que los comunica con el mundo, permitiéndoles su comprensión, y canalizando -a través de ellas- la expresión de sus propias concepciones. La producción y consumo de cada una de estas músicas (*rock, rap, reggae, hard-core, punk, ska, etc.*) que pelean el espacio de lo público, puede ser el proyecto social de esos jóvenes. *“La música representa más que una tonada de fondo; se trata de un tejido complejo al que vinculan sus percepciones políticas, amorosas, sexuales, sociales. Debe, en este sentido, responder a la experiencia subjetiva del mundo, desde el lugar social”*<sup>14</sup>

Sus músicas les permiten habitar la ciudad de una manera “propia”, la movida a través de los bares nocturnos, los *rave*, los *rock, ska* o *reggae* al parque, las sesiones de *jam*, las músicas religiosas, son todas ellas formas de crear circuitos y territorios propios en la ciudad, son prácticas culturales que transforman el entorno y crean sentido de pertenencia, identificación, autoafirmación y adscripción al grupo. Adecúan, con sus nuevas -y a veces viejas- lógicas, tanto los espacios como los tiempos hasta remover esas instituciones de la modernidad que ya les son lejanas (la familia, la escuela o los partidos políticos, por ejemplo), o fortalecen otras instituciones con su música (la religión). En suma, lo estético -de nuevo- en relación con lo ético y lo pedagógico, si la mirada

permite sacar este quehacer del recinto cerrado de las aulas y lo inscribe en el espacio abierto de la ciudad y de lo público.

Siguiendo a Maffesoli, los jóvenes ya no asocian los actos de creación con el mundo del trabajo, como sí lo hizo el pensamiento moderno. Los asocian ahora con parámetros que están en la base de la producción artística: *“La creación es mucho más vasta en cuanto integra parámetros tales como lo lúdico, lo onírico, lo imaginario, que habían sido relegados al orden de la vida privada pero que irrumpen, cada vez más, en la escena pública. Parámetros que justifican la fuga de todas aquellas instituciones que reposan en una concepción económica de la existencia.”*<sup>15</sup> Frente a las lógicas mercantiles, empiezan a florecer tímidamente otras lógicas menos económicas y más de la esfera de la sensibilidad. El arte, entonces, hace presencia en los espacios de creación y construcción de lo social, con el mérito de ser capaz de remover -en las conciencias y las sensibilidades- algunas seguridades del orden moderno. El arte puede acompañar, como en el caso del carnaval o de *rock* al parque -para poner sólo dos ejemplos conocidos-, el desarrollo de una ciudadanía comprometida con la transformación social.



Hoja de vida de: **Esperanza Londoño La Rotta**

Socióloga, Universidad Nacional de Colombia. Máster en Comunidades Europeas, Universidad Pontificia de Comillas. Madrid (España). DESS Eurojournalisme, Universidad Robert Schuman. Estrasburgo (Francia) y Universidad Libre de Bruselas, ULB (Bélgica). Docente Facultad de Bellas Artes. Universidad Pedagógica Nacional. Correo electrónico: atardeceramarillo@yahoo.com

## Notas

- <sup>1</sup> El mundo griego no sólo está en la base de una parte de las instituciones y formas de vida que operan en Occidente, sino en diálogo permanente con el presente en múltiples campos del saber y la acción. Como ejemplos de esta renovada necesidad de volver sobre lo clásico, basta nombrar la categoría de ciudadanía como posibilidad de participación en la construcción de los destinos de la ciudad. La comprensión de nuestro mundo depende de la comprensión de ese “otro”, no sólo como origen o semilla, sino como haz de problemas para pensar el hoy.
- <sup>2</sup> Arendt, Hannah. citado por Jelin, Elizabeth. La construcción de la ciudadanía: entre la solidaridad y la responsabilidad, en: *Construir la democracia: derechos humanos, ciudadanía y sociedad en América Latina*, Primera edición, editorial Nueva Sociedad, Caracas, 1996, pp. 113 – 130.
- <sup>3</sup> “Pitágoras descubrió que los acordes que suenan agradables al oído -al oído occidental- corresponden a divisiones exactas de la cuerda entre números enteros. Para los pitagóricos, este descubrimiento tenía una fuerza mística. Las relaciones entre la naturaleza y los números eran tan coherentes, que los persuadieron de que no únicamente los sonidos de la naturaleza, sino todas sus dimensiones características, debían de ser simples números que expresaban armonías. Por ejemplo, Pitágoras o sus discípulos creían que se podrían calcular las órbitas de los cuerpos celestes (que los griegos representaban como esferas de cristal alrededor de la Tierra) relacionándolos con los intervalos musicales. Creían que el orden prevaleciente en la naturaleza es musical; los movimientos de los cielos eran, para ellos, la música de las esferas.”. Tomado de: Bronoski, J. *El ascenso del hombre*, Fondo de Cultura Económica, Bogotá, 1973, pp. 156 - 157.
- <sup>4</sup> Marx, Karl. *El Capital*, Libro primero, Editorial Grijalbo, Barcelona, 1976.
- <sup>5</sup> Murillo Ruin, Adriana. Participación política en la democracia actual: Crisis de los paradigmas modernos y búsqueda de alternativas. En: *Revista IIDH* 34-35, Edición especial sobre participación política, IIDH, San José de Costa Rica, 1995. pp. 105-148. AUSJAL. Diplomado virtual: Condicionamientos políticos, económicos y sociales para el ejercicio de la participación política, 2005.
- <sup>6</sup> La categoría de *Ciudadanía* en Occidente tuvo su origen en la antigüedad griega y posteriormente fue desarrollada por el pensamiento ilustrado. Este artículo no comparte la versión liberal moderna del concepto; mientras se compromete con la versión clásica.
- <sup>7</sup> Con el advenimiento de la *edad de la razón* y el movimiento de la ilustración, toma fuerza la necesidad de popularizar el conocimiento -*enciclopedismo*-, en donde todavía se encuentra la dimensión política articulada al ejercicio pedagógico, ésta vez como eje articulador de los procesos de transformación social.
- <sup>8</sup> Mignolo, Walter D. Diferencia colonial y razón postoccidental, En: Castro-Gómez, Santiago (Editor). *La reestructuración de las Ciencias Sociales en América Latina*, Pensar, Instituto de Estudios Sociales y Culturales, Pontificia Universidad Javeriana, Bogotá, 2000. p. 6.
- <sup>9</sup> *Ibíd*, p. 3.
- <sup>10</sup> *Ibíd*, p. 7.
- <sup>11</sup> Santiago Castro-Gómez afirma: “América Latina ha sido inevitablemente constituida como objeto del saber desde las mismas sociedades latinoamericanas a partir de metodologías occidentales como el enciclopedismo, el romanticismo utópico, el positivismo, la hermenéutica, el marxismo, el estructuralismo y los estudios culturales. Y como hemos procurado mostrar, estos discursos se integran de manera reflexiva a la estructura de la sociedad en condiciones de globalización.”. Castro-Gómez, S. *Latinoamericanismo, modernidad, globalización. Prolegómenos a una crítica poscolonial de la razón*.
- <sup>12</sup> La comparsa como una de las expresiones artísticas más completa e integral, dado que resume en sí misma varias artes: el teatro, la danza, la música, las artes visuales y plásticas.
- <sup>13</sup> Maffesoli, Michel. *El tiempo de las tribus. El declive del individualismo en las sociedades de masas*, Icaria, Barcelona, 1990.
- <sup>14</sup> Reguillo, Rossana. El Lugar desde los márgenes. Músicas e identidades juveniles. En: *Revista Nómadas*, N.º 13, Departamento de Investigaciones Universidad Central, DIUC, Bogotá, Octubre de 2000. p. 44.
- <sup>15</sup> Maffesoli, Michel. Nomadismo juvenil. Traducción Gisela Daza. En: *Revista Nómadas* N.º 13. La singularidad de lo juvenil. Departamento de Investigaciones de la Universidad Central, DIUP, Bogotá, Octubre 2000.